



Para saber más...

SUBLEVACIÓN EN GUADALAJARA

El 18 de julio por la tarde el ministro de la Guerra telefoneó al coronel Francisco Delgado Jiménez, jefe del Regimiento de Aerostación, para saber si estaba dispuesto a ponerse a las órdenes del Gobierno en caso de ser éste atacado, contestando el coronel “que él cumplía como siempre había hecho con su deber y que además reuniría a la oficialidad al objeto de saber la opinión de la misma”. La reunión se verificó seguidamente en el despacho del coronel. Era tal el ambiente, “que hubo que serenar a algunos oficiales que querían ya salir a la calle en contra del Gobierno”¹. El coronel comunicó a la oficialidad que, dado el estado de ánimo, estuvieran dispuestos de un momento a otro para iniciar la sublevación en Guadalajara.

El día 19 el gobernador civil Miguel de Benavides, según declaró ante el Juzgado Especial de Guadalajara², recibió aviso telefónico del Ministerio de Gobernación diciendo que “fuerzas facciosas” trataban de avanzar sobre Madrid por la carretera de Zaragoza. Se puso en contacto con Ferrari, teniente coronel de la Guardia Civil, y con el coronel Delgado, quienes le manifestaron su lealtad a la República. Decidieron enviar una avanzadilla por si venía la columna. En un coche salieron los capitanes Pacios y Arroyo y más tarde el teniente Robles, con unos soldados. Robles volvió a las pocas horas diciendo que no había novedad, pero los capitanes que no tenían autorización más que para llegar a Paredes se internaron en la provincia de Soria y fueron detenidos en Almazán y conducidos a la capital. Serían liberados por la intervención del coronel Delgado.

En la mañana del lunes 20 varios representantes del Frente Popular fueron a ver al coronel Delgado porque tenían confidencias de que iba a sublevarse. Éste manifestó su adhesión al gobierno republicano³. Por la noche se recibieron en el Gobierno Civil telegramas de Madrid referentes al avance de columnas facciosas y el gobernador cursó uno en el que manifestaba en forma cifrada que el Regimiento de Aerostación pensaba sublevarse, por lo que solicitaba refuerzos. Además, requirió al teniente coronel Ferrari para que en caso de ataque al Gobierno Civil organizase la defensa. Por un lado, mostraba su adhesión al Gobierno; por otro, el jefe del Regimiento de Aerostación mandaba una avanzadilla para asegurarse del apoyo exterior antes de iniciar el levantamiento. El día 20

¹ Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Pieza nº 2, Caja 1519. “Declaración de Eduardo Delgado Piñar, hijo del coronel Francisco Delgado Jiménez”.

² *Ibid.* y Causa General Provincia de Guadalajara, Caja 1538-2. “Juzgado Especial de Guadalajara, Sumario nº 1 (1936) por rebelión militar”. Además del sumario de la justicia republicana mencionado conservado en ambas cajas, en la primera de ellas se encuentran diversas declaraciones de testigos ante la Causa General y en la segunda todo el sumario de rebelión militar juzgado en el Tribunal Popular de Guadalajara en octubre de 1936. Toda esta documentación, con las debidas precauciones, forma la base de la interpretación relatada.

³ Para Vicente Camarena, el comandante militar de la plaza coronel Delgado, mantuvo una actitud ambigua, que hizo sospechar a los representantes del Frente Popular y a los golpistas, “hasta tal punto, que no fue consultado ni informado por sus subordinados cuando sacaron los soldados a la calle”. Por la documentación de la *Causa General*, con el relato de varios testigos y las declaraciones de su esposa e hijo, su decisión era muy clara a favor del alzamiento, como lo prueba su papel organizador de la defensa. Otra cosa es la cara que presentaba a las autoridades republicana, lógica por otra parte.



por la mañana el coronel Delgado ordenó a Gonzalo Martín Nee, maestro nacional, hijo del que horas después fuera gobernador civil Ángel Martín Puebla, que saliera inmediatamente en su coche a comprobar si estaba en camino una columna procedente de Zaragoza mandada por el teniente coronel Los Certales y otra procedente de Soria-Pamplona, a las órdenes del teniente coronel García Escámez. La expedición pudo comprobar la marcha de ambas, volviendo entonces a Guadalajara, donde llegaron el día 21 sobre las doce de la mañana, presentándose a sus jefes para comunicarles sus informes. Todo estaba listo en el interior de la provincia, y parecía que también en el exterior. Delgado dio la orden de comenzar la sublevación al comandante Ortiz de Zárate.

Por la mañana del día 20 fueron incorporándose al cuartel los militares que estaban de permiso y que aún no habían acudido al llamamiento del coronel. También algunos civiles, falangistas, sobre todo, la mayor parte venidos de los pueblos de la provincia siguiendo el llamamiento de su jefe La Guardia. Pasaron la noche en el cuartel, arengados por el diputado de Acción Popular Arizcun y aleccionados en el manejo de las armas.

A mediodía del 21 se presentó en el Gobierno Civil un camión con milicianos del Frente Popular procedentes de Alcalá de Henares, quienes comunicaron al gobernador que en Guadalajara acababa de iniciarse la sublevación. Entonces la máxima autoridad provincial llamó al cuartel de la Guardia Civil, pero no contestó nadie. El capitán de la Benemérita José Rubio García, que había acudido en defensa del gobernador, cogió el teléfono para hablar con el teniente coronel Ferrari, al que solicitó refuerzos: “me manifestó que no me los podía enviar porque los sublevados estaban haciendo fuego contra el Cuartel de la Guardia Civil”, lo que luego se demostraría que era falso, por relatos de testigos y por no haber ningún impacto en la fachada.

El gobernador recogió a su familia en las habitaciones interiores del Gobierno Civil y al poco rato empezó el tiroteo. Quienes guardaban el edificio (varios policías y guardias de Asalto y el guardia civil capitán José Rubio García) apenas pudieron o quisieron resistir. En un edificio inmediato al Gobierno Civil, la Escuela de Trabajo, había una Compañía de la Guardia Civil que tenía como misión la defensa del edificio. No socorrió al Gobierno Civil. El Cuerpo de Seguridad situado en el cuartelillo de la calle del Amparo, que formaba parte del mismo edificio del Gobierno Civil, tenía unos veinte hombres al mando del suboficial Luciano Hernández Pérez. Éste y otros dos guardias, Doroteo Lozano Varas y Jesús García Molinero, fueron condenados a muerte por un Tribunal Popular y seguidamente ejecutados por haber tomado parte en la sublevación.

Sobre las catorce treinta horas del día 21 el comandante Ortiz de Zárate, responsable de la sublevación en la capital alcarreña, y los comandantes retirados Bastos y Palanca subieron escaleras arriba del Gobierno Civil y saltaron la cerradura del piso principal. Ortiz de Zárate, pistola en mano, le dijo: “Donde está Benavides, porque ya no es gobernador” y dirigiéndose al capitán Rubio le dijo: “Vd. es un traidor y quítese la guerrera” y “¡No tenga miedo aquí no hay más que soldados –dándose un golpe en el pecho– y ratas –señalando a Rubio–”. Detrás iba Bastos pistola en mano y los acompañaban dos guardias civiles y dos de Seguridad. Uno de éstos le dijo al gobernador a la vez que le metía el fusil por la barriga: “Que ganas tenía de meterme con Vd.”. Entonces recluyeron al gobernador y al capitán Rubio en el despacho oficial y tras proceder a su interrogatorio los trasladaron a pie al cuartel de San Carlos, entre lluvia de proyectiles y de insultos (“Abajo los traidores”, sobre todo).

La sublevación había comenzado. Otras versiones mantenidas con posterioridad apuntaban al estallido tras las provocaciones de la Casa del Pueblo. El coronel de



Infantería retirado Antonio Sánchez de Neyra Castro, quien sobrevivió a la guerra refugiado en la Embajada de Finlandia, declaró ante la *Causa General* que “El momento inicial del Alzamiento en Guadalajara, fue al hacerse unos disparos desde la Casa del Pueblo contra una camioneta ocupada por la Guardia Civil, los que repelieron la agresión en la misma forma, saliendo a los pocos instantes las fuerzas a la calle y proclamándose el Estado de Guerra por una Compañía del Regimiento de Aerostación”. Parece una versión muy alejada de la realidad, incluso contradicha por el testimonio de Eduardo Delgado Piñar, hijo del jefe del regimiento, coronel Delgado: “En el patio del Cuartel, se formó una Compañía para que fuera a tomar el Ayuntamiento, Gobierno Civil y Casa del Pueblo, Compañía que iba al mando de los comandantes Ortiz de Zárate, Valenzuela y capitanes Casillas y Javaloyes (...) no encontrando resistencia, sino únicamente en la casa del Pueblo, que fue fácilmente vencida”.

Toda la tarde y la noche del 21 los sublevados fueron dueños de la población. De las cinco compañías de que constaba el Regimiento de Aerostación, salieron tres a la calle, quedando una en el cuartel. En un camión con ametralladoras recorrieron la ciudad, ocupando el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo, procediendo a la detención de sus principales responsables. Las medidas que se tomaron para asegurar la sublevación fueron la detención de enemigos, la ocupación de los edificios públicos, la formación de patrullas para vigilar tanto el interior de la ciudad como a extramuros y el emplazamiento de ametralladoras en el puente, en el cementerio y en la cárcel. De la Central de Teléfonos se hizo cargo el capitán Palanca, del Gobierno Civil el capitán Bastos provisionalmente y posteriormente el capitán Valenzuela, de Correos y Telégrafos el comandante Manuel Aguilar.

Rápidamente se formó un Estado Mayor responsable de la defensa de la plaza, en el que formaba parte también, junto a los responsables militares del alzamiento, el contralmirante de la Armada Ramón Fontenla Maristay, director de la Aeronáutica Naval, con destino en el Ministerio de Marina. Lo arrestaron las milicias socialistas en Madrid y lo llevaron a la Prisión Militar de Guadalajara el 19 de julio. En la sublevación del día 21 le pusieron en libertad. Mandando las fuerzas figuraba el comandante Rafael Ortiz de Zárate.

Este Estado Mayor procedió al nombramiento de nuevas autoridades. Del Gobierno Militar se hizo cargo el coronel de Ingenieros, jefe del Regimiento de Aerostación, Francisco Delgado Jiménez; el comandante de la misma arma Félix Valenzuela de Hita, retirado por la ley de Azaña, se hizo cargo en los primeros momentos del Gobierno Civil, dando paso posteriormente al nombramiento de Ángel Martín Puebla.

Al levantamiento se fueron sumando adeptos, como el comandante de Infantería Juan Garrido García, segundo jefe de la Caja de Recluta de Guadalajara, quien se hizo cargo de la misma al no sumarse a la sublevación el primer jefe de la Caja, el teniente coronel Antonio Martín Delgado. Otros mostraron más tibieza, como el teniente coronel de la Guardia Civil, Ferrari. Fue criticado por los sublevados y condenado a muerte y ejecutado por las autoridades republicanas. Parece ser, por declaración de Eduardo Delgado Piñar, hijo del jefe del regimiento coronel Delgado, que éste le llamó a su presencia la noche del día 20 para ver su postura ante la sublevación. Ferrari contestó que él dependía directamente del ministro de la Gobernación y que no haría más que lo que dicha autoridad le ordenara. “Como consecuencia del verdadero forcejeo que se entabló entre el citado teniente coronel y los jefes del Movimiento en Guadalajara, acabó el señor Ferrari por dar su palabra de honor de que se sumaría al Movimiento”. Se le dejó marchar,



a pesar de la opinión de Ortiz de Zárate, que quería detenerle, y cuando llegó al cuartel de la Guardia Civil parece ser que reunió a sus jefes y oficiales y les dejó libertad para hacer cada uno lo que quisiese. Cuando por la tarde del día 21 se presentaron en el cuartel de la Guardia Civil varios paisanos al frente del responsable de la Casa del Pueblo en busca de armas, según declaración del guardia Bienvenido Muñoz Serrano, testigo presencial, Ferrari accedió, enviándolos a la Intervención de Armas. Allí se las negaron por orden expresa del capitán Eduardo Carazo, que había tomado el mando de la Guardia Civil sublevada.

Otros se opusieron radicalmente al golpe, como el coronel Ojeda, gobernador de Prisiones Militares, quien fue arrestado después de escuchar múltiples insultos. El joven Rafael Encabo Montero le llegó a decir “que para guardar gallinas con un ordenanza bastaba”. Al final tuvo que liberar a unos veinte o veinticinco militares que se encontraban presos.

No sólo el apoyo vino de las fuerzas militares. También parte de la población civil jugó un papel fundamental en la sublevación, con más de un centenar de hombres armados dirigidos por Félix Valenzuela de Hita, diputado de la CEDA, y Antonio Bastos Ansart, los dos militares retirados por la Ley de Azaña. Parece ser que la organización que dio más apoyos fue Falange, que desde el 14 de julio mandaba como jefe provincial Luis de la Guardia, siendo el jefe de Milicias el capitán de Infantería Luis Casillas Martínez. Según el comandante Ricardo Ortega Agulla, contaba con unos quinientos falangistas de primera línea por toda la provincia. También buena parte de los afiliados a Acción Popular participaron activamente en la sublevación, con su responsable al frente, Félix Valenzuela de Hita, capitán de Ingenieros retirado por la Ley de Azaña, y diputado a Cortes.

Los paisanos fueron concentrados en el Colegio de Huérfanos y organizados en grupos armados de fusil y dotación de cincuenta cartuchos. Muchos de ellos fueron reclutados en pueblos de la provincia. Por ejemplo, Saturnino del Castillo Yusta, empleado de Hacienda, participó en la sublevación como civil en compañía de su hijo Manuel, según su propia declaración, “practicando el dicente los servicios que se le encomendaron como fue el de reclutar elementos jóvenes en el pueblo de Torija, logrando traer a Guadalajara a unos cuarenta hombres en dos camiones”. Ángel García Estremiana, juez municipal, joven afiliado a las Juventudes de Acción Popular, marchó con su patrulla a prestar ayuda a cinco guardias civiles que se habían hecho fuertes en la Estación contra elementos ferroviarios que se opusieron al levantamiento desde que oyeron los primeros tiros en la plaza, logrando dispersarlos.

También participó activamente en la sublevación Fernando Palanca Martínez Fortun, alcalde de Guadalajara durante la dictadura de Primo de Rivera. Aunque era comandante de Ingenieros retirado por la Ley de Azaña se marchó al cuartel vestido de paisano por habersele quedado en malas condiciones el uniforme dado el tiempo que no se lo ponía –según declaración de su viuda–. El día 21, a las dos de la tarde, cuando salieron las fuerzas a tomar Guadalajara, iba al mando de un pelotón de soldados, “desempeñando las diversas misiones que se le encomendaron, quedándose por último en teléfonos, cuyo local estaba en la calle principal enfrente del Ayuntamiento”.

En conjunto, se disponía para la defensa de cien jefes y oficiales; doscientos cincuenta suboficiales, clases y soldados; doscientos setenta guardias civiles y de seguridad y trescientos paisanos: novecientos veinte en total, según declaración a la *Causa General* del comandante Ricardo Ortega Agulla. Otros reducen a la mitad los defensores: “Del millar de hombres con que se contaba para el Alzamiento incluidos los



que venían de los pueblos –declararía Eduardo Delgado Piñar– se llega al día 22 con una fuerza total de 400 a 500, de ellos la mitad militares y la otra mitad civiles, debido al retraimiento de las gentes venidas de los pueblos, que se dieron cuenta de la dura lucha que se avecinaba”. Vicente Camarena está de acuerdo en los novecientos defensores, pero con distinta distribución: cuatrocientos cincuenta soldados, ciento cincuenta guardias civiles y trescientos paisanos⁴.

Entre las doce horas de la noche del día 21 y la una del día 22, el nuevo gobernador habló por teléfono desde el Gobierno Civil con Soria, concretamente con el coronel García Escámez. Éste le dijo que destacaban desde aquella ciudad en vanguardia una batería para prestarles la ayuda necesaria para la defensa de Guadalajara, prometiéndole también el apoyo de alguna fuerza de Infantería. Esta debía ser la “Columna de Navarra”, organizada en Pamplona por orden del general Mola el 19 de junio, pocas horas después de sublevarse la guarnición de Navarra, con el objetivo de llegar hasta Madrid. La columna estaba compuesta por cerca de mil quinientos hombres, encuadrados en los batallones América y Sicilia, cuatro compañías de requetés y dos de milicias falangistas. El día 21 la columna tuvo que dividirse para atender distintos frentes abiertos en La Rioja y Soria. El día 22 las dos columnas andaban defendiéndose de los ataques de la artillería y aviación republicana. Una avanzadilla llegó a unos cuarenta kilómetros de Guadalajara, a Jadraque, pero no fue suficiente. Cuando se enteraron de la caída de Guadalajara, retrocedieron hacia Almazán (Soria) y recibieron órdenes de dirigirse hacia el puerto de Somosierra.

Las tropas leales a la República procedentes de Alcalá de Henares mandadas por el coronel Puigdemgolas (a quien días después pudo vérselo mandando las tropas republicanas que defendieron Badajoz), apoyadas por un contingente de milicianos anarquistas bajo el mando de Cipriano Mera, tenían el camino libre.

Hacia las seis de la mañana del día 22 sobrevoló Guadalajara un avión tirando proclamas y advirtiendo que si a las diez de la mañana no se rendía la población sería atacada por el Ejército y milicias republicanas. El coronel Delgado procedió entonces a organizar la defensa de la ciudad. El comandante Ortiz de Zárate quedó situado con sus hombres en la parte del puente sobre el Henares, pasado el Hospital, próximo a la Estación; otra parte de la fuerza fue enviada al Fuerte, o sea, al edificio de la Maestranza y Parque de Ingenieros, quedando al mando del comandante Rodrigo de la Iglesia; los comandantes Valenzuela y Bastos se encargaron de defender el sector Norte de la ciudad. Posteriormente, y en vista del avance de las tropas enemigas hacia el cementerio, se procedió a organizar otra fuerza al mando del coronel Candiera que salió para ese destino inmediatamente.

A la hora anunciada se presentaron en camiones las fuerzas mencionadas, mandadas por el coronel Puigdemgolas, y emplazaron la artillería en la carretera de Madrid a la altura del Molino de Mora. Comenzaron el bombardeo de Guadalajara por tierra y aire. La aviación republicana empezó a bombardear los cuarteles del polígono de Aerostación mientras avanzaba la columna compuesta de unos cinco mil hombres que había salido de Madrid el día anterior y había logrado reducir la guarnición de Alcalá de Henares. Dicha columna estaba constituida además de la Infantería y guardias de Asalto, por tres baterías de Artillería y siete carros blindados.

⁴ Vicente CAMARENA MERINO: “Guadalajara, sesenta y tres años después...”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Madrid: Celeste Ediciones, 2000, p. 119.



En un primer momento los rebeldes repelieron el ataque desde el mismo cuartel con ametralladoras, fusiles y bombas de mano. La resistencia era inútil, toda vez que llegaban por miles los refuerzos republicanos, envolviendo la ciudad por todas partes. El cañoneo duró hasta las seis de la tarde, tiempo que pudo mantenerse la guarnición en sus puestos. A esa hora los republicanos irrumpieron en la población, forzando la defensa del puente sobre el Henares y venciendo la resistencia opuesta por las fuerzas del sector Sur (Prisión Central). Los milicianos entraron en la capital por el puente sobre el río Henares, en la parte baja de la ciudad, cerca de la Estación de Ferrocarril, y por el lado opuesto en la parte alta, en las afueras, por el sitio conocido por El Balconcillo.

La guerra adquirió en Guadalajara tintes dramáticos, como recordaban algunos presentes, como David Antona, secretario general del Comité Nacional de la CNT:

“De pronto hicieron su aparición dos aeroplanos. Los compañeros miraron hacia ellos, desconfiados. No sabían si eran nuestros o de los rebeldes.

Uno descendió rápido, al tiempo que un guardia de Asalto (los de Asalto se batieron bravamente en Guadalajara) que había a mi lado, gritó:

- Todo el mundo a tierra, que ha soltado una bomba.

No obstante esta precaución, cinco o seis compañeros fueron despanzurrados y otros cuantos resultaron heridos.

Y fue entonces por vez primera que vi lo horrorosa y criminal que es la guerra...

Aquellos desgraciados, amasijo inerte de carne destrozada por la metralla, sintetizaban la obra del fascismo destructor.

A partir de aquel momento se intensificó el ataque por nuestra parte. Los compañeros, al grito de ¡Viva la C.N.T.! ¡Viva la F.A.I.!, avanzaban impetuosamente”⁵.

En el tiroteo que hubo en las trincheras terreras que se habían instalado a la entrada de la población junto al Puente del Río Henares, donde estaban situadas las ametralladoras, murió Ortiz de Zárate, además del teniente Jasanada, teniente Ayuso y alférez Gallego, entre otros jefes y oficiales.

Cuando entraron los milicianos cerraron las puertas del cuartel de la Guardia Civil, pero la falta de municiones y ante las noticias de la ocupación “hizo que cada uno se escapara por donde pudiera”, como han relatado algunos de los protagonistas. El guardia civil Diego Están Cabezado, por ejemplo, se vistió de paisano y, mezclándose entre la multitud, huyó. El hijo del coronel Delgado, Eduardo, “aprovechando la confusión”, saltó las tapias y logró refugiarse en la casa de un falangista, en la que permaneció escondido dos años.

Al darse cuenta del peligro inminente que corrían los detenidos republicanos, el capitán de Ingenieros Enrique Navas Huici los puso en libertad derribando con la ayuda del suboficial de Guardia una puerta a empujones, primero al gobernador Benavides, al capitán Rubio y al delegado de Hacienda Maximino Miñano Grifol y después a unos cuarenta más que estaban en otro calabozo.

El resto de los jefes y oficiales sublevados fueron ejecutados en los patios del cuartel de Aerostación, donde se habían concentrado con los elementos que pudieron reunir a fin de extremar la defensa. “Puigdengolas no pudo imponer disciplina a la masa armada que se precipitó sobre las posiciones rebeldes, cuyos mandos significativos fueron

⁵ David ANTONA: “19 de Julio madrileño”, en *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, p. 32-33.



asesinados”⁶. Entre ellos el coronel Delgado, quien una vez que entraron los milicianos asumió ante ellos toda la responsabilidad, muriendo cerca del pabellón donde le esperaban su mujer y nueve hijos. También el contralmirante de la Armada Ramón Fontenla Maristay y el diputado Félix Valenzuela de Hita, éste muerto junto al Gobierno Civil.

La historia de la guerra civil está llena de anécdotas en la historia personal de muchos españoles. Unos tuvieron enorme fortuna; otros parecían fatalmente predestinados. En Guadalajara, ese día 22 de julio pudieron verse algunos ejemplos. En el patio del cuartel de San Carlos el sargento de la Guardia Civil Casimiro Sanz y Sanz fue tiroteado, según su propia declaración, “cayendo herido el dicente entre los muertos que había en el patio, salvándole un paisano cuyo nombre desconoce, el que le indicó dijera era de Madrid, poniéndole al brazo un brazalete encarnado”. Fue trasladado al Hospital Militar de Carabanchel. Otro caso curioso es el del teniente de Ingenieros José Olivier López, que había participado activamente en el registro y saqueo de la Casa del Pueblo y en la liberación de presos en la Prisión Militar, de la que era oficial de guardia en el momento en que se presentó en ella el comandante Ortiz de Zárate. Según declaró el 15 de septiembre de 1936 ante el Tribunal Popular, fue fusilado junto a otros muchos jefes y oficiales:

“Al caer herido y darse cuenta de que no estaba muerto un miliciano se echó sobre el que depone y le quitó el reloj de pulsera, se lo recriminaron otros dos diciéndole “camarada, a los muertos no se les roba”; que el miliciano que esto hizo les dijo que no estaba muerto y se acercaron entonces los otros dos con idea de matarlo. Que en ese momento se arrojaron sobre el declarante tres cornetas del Regimiento llamados Eufemio Gómez, Julián López y Ramón o Fermín Rojas y les pidieron a los que le iban a matar, que no lo hicieran, que se había portado muy bien con ellos y no se había metido en nada, ya que era completamente apolítico, incluso le dijeron a los milicianos que era un desgraciado que se había encontrado metido en aquellos jaleos. Que los milicianos dijeron ante esto que había que respetarlo y entre los cinco le llevaron herido a su casa, mejor dicho a la de su padre. Que en el Heraldo de Madrid del día 23 o 24 si mal no recuerda, viene su caso”.

Sin embargo, a pesar de su enorme fortuna, su destino estaba marcado. Sin terminar de curarse fue recluido en la Prisión Central el día 8 de septiembre y condenado a muerte el 30 de octubre de 1936 por un Tribunal Popular, siéndole conmutada esta pena por la de treinta años en 4 de noviembre. Pero fue asesinado el día 6 de diciembre siguiente cuando fue asaltada la cárcel. Ese día se hizo una saca en represalia por el bombardeo de las instalaciones militares y depósitos de municiones. Veintitrés bombarderos, en una única pasada, arrojaron unas doscientas bombas incendiarias y cuarenta explosivas que ocasionaron dieciocho víctimas mortales. Muchos edificios ardieron en llamas, entre ellos el Palacio del Infantado. En la ciudad las escenas de pánico se fueron convirtiendo en indignación y ansias de venganza, que pagaron los presos derechistas y golpistas. Murieron unas doscientas ochenta personas, según Vicente Camarena⁷, aunque en la *Causa General* hay distintas declaraciones donde incrementaban las víctimas hasta cuatrocientas, entre ellas veintiún militares. Parece que

⁶ Gabriel CARDONA: “La guerra de las columnas”, en *La Guerra Civil*. Madrid: Historia 16, 1986, t. V, p. 8.

⁷ Vicente CAMARENA MERINO: “Guadalajara, sesenta y tres años después...”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Madrid: Celeste Ediciones, 2000, p. 127.



sólo sobrevivió uno, Higinio Busons López, que anduvo listo cuando comenzó el asalto, según su propia declaración ante la *Causa General*, “permaneciendo escondido durante varios días, unos seis, en la leñera, de la que salía por las noches a coger pan y agua en la cocina. (...). A las siete de la mañana del día 12 de diciembre de 1936, el dicente, saltando las tapias de la cárcel, pudo huir de la misma”.

Aparte de los muchos militares y civiles que murieron el 22 de julio, hay que añadir los que fueron condenados a muerte y ejecutados por la sublevación, como el capitán de Ingenieros Alberto Albiñana, que tenía a su cargo Talleres de la Maestranza y Parque de Ingenieros. Un Tribunal Popular le condenó a muerte el 6 de noviembre, junto a otros dos capitanes. Fueron fusilados el 20 de noviembre. El capitán dejó escrita una carta de despedida, uno de los pocos testimonios similares que se conservan en ese bando.

CARTA DE DESPEDIDA DEL CAPITÁN ALBERTO ALBIÑANA

“Mis queridísimos hijos, Alberto José, María del Carmen, José Antonio y María Teresa. Próximo a mi fin, quiero deciros adiós y haceros algunas consideraciones respecto a vuestra actitud en el día de mañana. Muero mártir, pero con honra, habiendo hecho por nuestra querida España cuanto se puede hacer; y si no sucumbí en el recinto del Fuerte, fue porque Dios no quiso, y porque no quisimos exponeros a las familias a un cataclismo. Vivid con la frente muy alta, con el orgullo de saber que la conducta de vuestro padre fue honrada en todos los sentidos, moral, militar y económica. Que no hizo mal a nadie a sabiendas. Vosotros seguidme y mejorar a ser posible mi modo de ser. Adorar a vuestra madre que es una santa y que de hoy en adelante será una mártir. Ayudadla mucho, obedecedla ciegamente y no la abandonéis el día de mañana, que necesitará de vosotros. A Carmen vuestra tía, agradecedle mucho cuanto hasta hoy ha hecho y portaros con ella muy bien, pues nunca agradeceréis bastante los favores, ayuda y cariños que os tiene demostrado. Espero morir con los auxilios de la Religión que aquí son permitidos, pero de todos modos moriré confortado con mis rezos y plegarias. He sufrido mucho pero quizá no son estos momentos los más dolorosos pues ya con la casi seguridad del fin se está más tranquilo. Las dudas, las incertidumbres y el ver el fin de otros, han sido los momentos más dolorosos. Todavía me falta el suplicio del juicio, pero por si a última hora me falta la fuerza, me decido a hacerlo ahora. Perdono a todos mis enemigos de todo corazón y vosotros debéis hacer lo mismo. Que Dios me perdone como yo les perdono. Cuando llegue el triunfo de nuestro Ejército y veáis la Bandera, arrodillaos y besarla; por eso ha perdido la vida vuestro padre, por ella debéis perderla vosotros si llegara el caso. La Patria se hace con esfuerzo y sacrificio de todos y cada uno de sus súbditos, poned vuestro grano de arena en esa empresa, yo ya la puse. No quiero venganza, pero sí justicia: pedid justicia a los que pueden hacerla. No sé si tendré valor para despedirme personalmente, pero si así no fuera, recibid con esto el cariño más inmenso de un padre que os espera allá arriba seguro de que sabréis honrar su memoria. Un abrazo muy fuerte con un beso de vuestro padre. Hoy 1 de noviembre de 1936”⁸.

BIBLIOGRAFÍA

ALÍA MIRANDA, Francisco, *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011.

⁸ Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Pieza nº 2, Caja 1519.



**Memoria democrática
de Castilla-La Mancha**